
DE PROFUNDIS –fragmentos–

Oscar Wilde

Presentación

Domingo Melero

Oscar Wilde tenía cuarenta y un años en 1895 y estaba en la cima de su fama: tres obras suyas se representaban en los teatros de Londres, otra en Nueva York y, además, acababa de publicar *El alma del hombre bajo el socialismo*, ensayo crítico del "establishment". Por ese tiempo, su amistad con el joven lord Alfred Douglas duraba ya cuatro años. Al regresar ambos de un viaje a Argel, el padre de éste, el marqués de Queensberry, hombre violento y difícil, de moralidad por otra parte dudosa, envió a Wilde una tarjeta en la que le reprochaba alardear de sodomita⁽¹⁾. Wilde, en lugar de ignorar la provocación, azuzado por el hijo (al que el padre odiaba), lo denunció por difamación: en el fondo, caía así en una trampa al confiar temerariamente en que su prestigio lo haría intocable. Queensberry fue detenido pero puesto enseguida en libertad y, automáticamente, los papeles se invirtieron: el denunciado pasó a denunciante y el denunciante a denunciado. En poco tiempo, durante los diferentes juicios, las cosas se fueron volviendo en contra de Wilde pues Queensberry, aparente paladín contra la disolución, presentó testimonios falsos y exagerados de los que la prensa se fue haciendo eco. Una campaña de prensa implacable, de odio y de linchamiento, se desató contra Wilde, el hombre de éxito de hacía nada. La "sociedad" se lanzaba

(1). Para los datos y valoraciones, hemos seguido la Introducción y las notas de José Emilio Pacheco en su traducción: Oscar Wilde, *De profundis*, Barcelona, 1975. También hemos consultado el Prefacio de Julio Gómez de la Serna ("Gloria e infortunio de O.W.") a su traducción de las *Obras Completas*, Madrid, 1949, así como el Estudio preliminar, "O.W., más allá de la comedia y la tragedia", de Antonio Pascual Piqué en *Obras Escogidas*, Barcelona, 1981. Tomamos los fragmentos de la traducción de José Emilio Pacheco, con algunas leves modificaciones.

unánime contra él (salvo contadas excepciones) y no sólo juzgaba y condenaba su conducta privada sino sus ideas y sus escritos. Así se resarcía de sus críticas, además de que resultaba excitante el espectáculo de ver venirse abajo a alguien tan brillante que, en definitiva, había venido de fuera (Wilde había nacido y se había educado en Dublín antes de ingresar en Oxford).

Para no complicar la situación entre el padre y el hijo, Wilde renunció a defenderse y tampoco huyó a Francia como le aconsejaban sus amigos, que estaban bien informados, y como hizo bastante gente. Desde hacía diez años, las leyes inglesas consideraban la homosexualidad como un delito y corrían rumores de que el gobierno iba a aprovechar su caso para hacer un escarmiento público contra el "esteticismo" (un estorbo para las necesidades imperiales de Gran Bretaña) y tapar, de paso, lo que la investigación pudiera descubrir en gente del propio gobierno y del ejército.

Al perder el juicio y tener que pagarlo y no poder hacerlo, se declaró a Wilde en quiebra, su casa fue despojada, su mujer se separó de él y se llevó a sus hijos fuera de Inglaterra (aunque luego lo ayudó), muchos amigos lo abandonaron, sus obras dejaron de representarse, incluso en Broadway, y sus libros se retiraron de la venta. Se le condenó a dos años de trabajos forzados y de cárcel en el régimen penitenciario de entonces, que era durísimo. Para colmo de males, a los tres meses de estar encarcelado, murió su madre, a la que había estado muy unido y que siempre le había apoyado en su carrera literaria.

Sin embargo, pasado un año y pico, las condiciones de los presos de la cárcel de Reading se suavizaron un poco debido a un cambio en la dirección. Wilde pudo entonces escribir, entre enero y marzo de 1897, la carta más extensa de la literatura (lo que publicamos es una quinta parte de la misma). Se la dirigió a su amigo Bosie (lord Alfred Douglas) que, huido a Francia, no había dado señales de vida en todo aquel tiempo. Douglas, al recibirla, leyó las primeras páginas y la destruyó. Afortunadamente, quien se la había hecho llegar, Robert Ross (Robbie), amigo fiel y albacea literario de Wilde, se

había quedado el manuscrito original y había enviado a Douglas únicamente una de las dos copias mecanografiadas que había hecho. Ross procedió así por voluntad de Wilde que no quería dañar la reputación de Douglas, y por tanto no quería que se hiciese público el documento, pero tampoco quería que se perdiese pues en él reivindicaba su honestidad fundamental: en él, su buen nombre y el de su familia quedaban expuestos a la verdad pero no a la calumnia.

Wilde, con la moral y la salud quebrantadas a la salida de la cárcel, sólo sobrevivió tres años hasta morir en París en noviembre de 1900. Tras su muerte, su fama se recobró pronto, hasta el punto de ser el autor de lengua inglesa más leído y traducido después de Shakespeare, por lo que Ross pudo saldar todas sus deudas enseguida. En cuanto a la famosa carta, en distintas ocasiones, ya desde 1905, se publicaron algunos fragmentos, los más generales. Esos fragmentos bastaron para que su prosa, profunda y alada, impresionase a los lectores y contribuyese a la renovada y póstuma influencia cultural de Wilde. En 1909, Robert Ross, para proteger el original de las reclamaciones de Alfred Douglas, lo depositó en el Museo Británico con la condición de que no se leyese hasta 1960. Ross murió en 1918 pero antes entregó la segunda copia que guardaba al hijo menor de Wilde.

Acerca del título, Wilde le había escrito a Ross: "ya que se trata de una encíclica, y las bulas de los santos padres son designadas por sus palabras iniciales, podrá hablarse de mi carta como de la *Epístola: In carcere et vinculis* (en la cárcel y en cadenas)". Con ese título se ha publicado a menudo pero al final ha prevalecido el título que, acertadamente, puso el propio Ross a los fragmentos publicados en 1905: *De profundis*.

De acuerdo con este segundo título, ¿no se debería leer esta Epístola como un gran Salmo? El Salmo 130 es un salmo de penitencia que, en el fondo, tiene que ver con una situación de persecución, como bastantes de los que recogió el Salterio hebreo. El que lo pronuncia clama "desde el abismo" hacia el Señor para que salga valedor del perseguido frente a los perseguidores. Se trata de un estadio más

hondo y primitivo que el posterior (y complementario) en que otros Salmos hacen decir a Dios que no quiere ni el linchamiento de nadie (ni sacrificios humanos rituales, como quedó indicado en la historia de Abraham si se la entiende bien) ni tampoco sacrificios de animales, pues lo que quiere es misericordia. Y, por otra parte, también se trata de un significado distinto al de la liturgia cristiana de difuntos en la que se entiende por "abismo" la muerte individual, sentida como una agresión injusta al margen de su causa. El sentido del Salmo (una vez transcurridos veintitantos siglos) es como el que Wilde da su carta: no se trata de proclamar una inocencia absoluta, pues si el salmista se creyese libre de culpa enseguida podría convertirse en perseguidor; sino que se trata de denunciar la profunda injusticia de la unanimidad social en su contra, que no sólo ha destruido su vida material sino su familia y relaciones, su dignidad, su salud, "su alegría y su persona". Lo cual no quita que, en el fondo, el usuario del salmo reconozca, como Wilde, el valor inapreciable del camino (no ascético sino real, social) que le ha conducido al tercer dolor y a la tercera humildad.

La voz de Wilde es también como la voz de Job (o, mejor, como la del "Job" de los Cantos centrales del libro del mismo nombre): lo es tanto cuando Job –como el salmista perseguido– se queja y denuncia lo que hacen con él (19, 13-19), como cuando recuerda los tiempos antiguos, de bendición y de éxito (29, 2-25) ^(?). Job, si nos fijamos en el último fragmento y miramos de adivinar su contexto, parece que fue un hombre principal, un dirigente de su pueblo, caído en desgracia. Posiblemente, en los tiempos antiguos, los dirigentes podían pasar rápidamente de ser los sustentadores del orden (a los que se idolatraba) a ser, si las cosas iban mal, los culpables de todo (como también se puede rastrear en la figura de José o de

(?). Job 19, 13 y ss: "Alejáronse de mí mis hermanos, y mis amigos se me han hecho extraños, desaparecieron mis vecinos y conocidos, me ha olvidado hasta la gente de mi casa, (...) Hízose mi aliento repugnante a mi mujer y yo fétido a los hijos de mi madre. Hasta los niños me desdeñan y me insultan si intento levantarme. Me han aborrecido todos mis confidentes, los más caros amigos se vuelven contra mí. (...) ¿Por qué (...) me perseguís vosotros también?". Job 29, 2 y ss: "¡Oh! ¡Si vol-

Moisés). En los tiempos de Wilde, los poderes políticos y religiosos (ya separados) son más estables: pocas veces hay un gran vuelco, y las instituciones perduran. Sin embargo, en terrenos inestables, como el arte, quien es principal y destaca está más expuesto a la tiranía social de modas y masas que oscila de la idolatría al ostracismo, como poco.

En todo caso, Wilde no interroga a Dios ni le increpa como parte implicada en la causa de su mal (como tampoco antes le consideraba origen de su bien), tal como sí hace el "Job" del prólogo y del epílogo (Job 2, 10). La causa de su mal es un enigma que está no en Dios (que, en todo caso, algunos podrían pensar que calla) sino en las entrañas de la pasta humana de hombres que no dudan en considerarse libres y justos (y en creer que tienen a "Dios" de su lado) frente a él, pecador inmundo. Wilde no interroga a Dios porque, para él, no en vano ha pasado por esta tierra Jesucristo; ni tampoco piensa Wilde que Dios calle pues, en el fondo, al margen de las Iglesias, él sabe que ha hablado por boca de aquel hombre, auténtico "pan bendito" en quien sobreabundó la gracia. Los Evangelios y la figura de Jesús emocionan a Wilde, cuyas palabras y comentarios son de lo más bello y auténtico. Aunque Wilde no mencione la doctrina (tantas veces sostenida, más que afirmada, de forma estéril) de la "filiación divina ontológica" de Jesús, su discurso encamina sin engaño hacia lo más especial y singular de aquel hombre. Por eso, sus palabras resultan de un valor teológico notable a pesar de que nos puedan extrañar inicialmente algunas de sus referencias al romanticismo, al individualismo o al arte que, sin embargo, enseguida se comprenden si se tiene en cuenta la época de Wilde y las coordenadas de sus valores. Más allá del bien y del mal socialmente establecidos, leamos estos inspirados fragmentos en el primer centenario de su muerte.

viera a ser como en los tiempos pasados, (...) cuando iba a las puertas de la ciudad y se alzaba en la plaza mi silla, y los jóvenes al verme se escondían y los viejos se alzaban en pie, y los grandes contenían la palabra, y ponían el dedo sobre sus labios y callaba la voz de los caudillos y se pegaba su lengua al paladar. El oído que me escuchaba me llamaba feliz, y los ojos que me veían se declaraban en mi favor, porque libraba al pobre que clamaba, y al huérfano que no tenía valedor, etc."